



JAVIER SIERRA

EL PLAN MAESTRO

La esperada vuelta del maestro del misterio

DOSIER DE PRENSA



 Planeta

EL AUTOR

Hace treinta años que **Javier Sierra** (Teruel, 1971) empezó a buscar respuestas a grandes preguntas a través de la escritura. Desde entonces no ha dejado de dar sus libros a imprenta.

Tras ganar el Premio Planeta con *El fuego invisible*, se convirtió en el único autor español cuyas novelas han llegado al *top ten* de los más vendidos en EE. UU. Con *El plan maestro* se enfrenta a las grandes preguntas sin resolver sobre quiénes han de ser los guardianes del arte, en un libro que se lee con la devoción de quien cree en el arte como un ente transformador.

Autor de obras tan populares como *La cena secreta*, *El maestro del Prado*, *La dama azul* o *El ángel perdido*, su literatura se lee hoy en 44 países. Es hijo predilecto de su ciudad natal y la biblioteca pública de Teruel lleva su nombre.

javiersierra.com

✕ @Javier__Sierra

📷 @javiersierracom

f JavierSierra.Fan



EL PLAN MAESTRO

El arte se activa con la visión de quien lo mira. Ese es el único y verdadero secreto de la pintura. El arte es un espejo que te devuelve lo que le das. Si buscas belleza, eso recibirás. Pero si esperas de él respuestas para algún misterio y le formulas las preguntas correctas, se te abrirá como si fuera una puerta y te conducirá más allá de lo que nunca hayas imaginado.

Luis Fovel

A través del espejo del arte

Tras el éxito de *El maestro del Prado*, Javier Sierra retoma la atmósfera de aquella historia, atando todos los cabos sueltos y explicando todo lo que allí quedó pendiente

Hace casi un cuarto de siglo, en las salas del Museo del Prado, un jovencísimo Javier Sierra tuvo un extraño encuentro con Luis Fovel, un completo desconocido que parecía conocer la «vida oculta» de algunas de las obras maestras de la pintura. Impresionado por su erudición y el aura de misterio que irradiaba, Javier noveló su tropiezo en *El maestro del Prado*, haciendo una llamada a sus lectores para encontrar a aquel doctor Fovel, del que nunca más volvió a saber. Ahora, por fin, *El plan maestro* desvela la verdadera naturaleza de ese visitante, convirtiendo *El maestro del Prado* en parte de su nueva trama y resolviendo una búsqueda vital cargada de asombrosos descubrimientos.

Es el caluroso verano de 2013, y un Javier Sierra adulto, un personaje cuyas características coinciden con las del autor, está de vacaciones con su mujer y sus hijos en Cantabria. No son unas vacaciones al uso. Quieren hacer un experimento: comprobar lo que han dicho algunos expertos, que los niños tienen un instinto innato para reconocer arte en una pared prehistórica; su cerebro, más plástico, les permite reconocer lo que pasa inadvertido a los adultos, como quien descifra figuras en las nubes. Esa cualidad de mirar con ojos nuevos, ajenos a la lógica adulta, se revelará decisiva en el desenlace de la novela.

Mientras visitan cuevas prehistóricas y hacen sorprendentes descubrimientos, en Madrid, en el Museo del Prado, se dan cita curiosos personajes. El primero es Luc Durand, un jesuita que prepara un informe científico para el Vaticano, al que se le aparece en sueños nada menos que Belfegor, el mítico —y literario— fantasma del Louvre. Poco después, Durand coincidirá con Belfegor en persona. También lo hará con Jon Einar, experto en arte y subordinado del Julián de Prada, oscuro carácter que aparecía en *El maestro del Prado* y que reaparece aquí, vigilante ante un probable retorno de Luis Fovel.

Como en la segunda parte del *Quijote*, aquel viejo libro de Javier, *El maestro del Prado*, ya es conocido del público y parece contener una clave de ese regreso que ha pasado desapercibida. Porque *El plan maestro*, que es tantas cosas (una novela de intriga con ribetes de ciencia-ficción,

una audaz propuesta sobre el significado profundo del arte, una indagación en la historia de la humanidad, un recorrido por diversos museos y escenarios) es también un ejercicio de metaliteratura en el que realidad y ficción se confunden. De hecho, el narrador de la historia es el mismo protagonista, que —como queda dicho— coincide también con el autor; lo que explica que, por momentos, el punto de vista sea el propio de un narrador omnisciente. Un aspecto este importante y nada casual en el desarrollo de la trama.

El plan maestro llevará al lector del Museo del Prado al del Louvre, a los Uffizzi, a la Casa Azul de Frida Kahlo en México, e incluso a cuevas prehistóricas tan emblemáticas como la francesa de Lascaux. Pero, más allá de sus escenarios geográficos, le conducirá también a vertiginosos viajes por el tiempo, a pensar en el papel del arte, de la astrología antigua, o de los distintos futuros que se abren ante la humanidad y la posibilidad de influir en ellos desde nuestro presente.

No es fácil resumir una novela tan ambiciosa como esta. Por supuesto, el arte ocupa su primer plano. Pero, en el fondo, trata también de un tema clásico de la ciencia-ficción (*2001, Contacto*): el de la existencia de civilizaciones más avanzadas que alientan y vigilan en secreto la evolución de la humanidad.





Mesa de los pecados capitales, El Bosco

El arte como umbral

Si el famosísimo monolito de *2001: una odisea del espacio* era una puerta para atravesar el universo (lo que la física más atrevida llama hoy un «agujero de gusano»), las obras de arte, tal como aparecen en esta obra de Javier Sierra, y en su antecedente, *El maestro del Prado*, son también puertas que se abren a otras dimensiones de la realidad, una llave mágica que interconecta mundos. Esta es la base, la tesis principal, diríamos, de una novela que, por su parte, se abre a muchas otras cuestiones.

El arcanon, el canon de obras con arcanos, es un museo particular, un conjunto obras repartidas por el mundo, ocultas a las miradas superficiales

El plan maestro parte de una circunstancia real: hace ya unos años que se ha publicado la llamada de búsqueda de Luis Fovel. Desde 1990 nadie ha vuelto a verlo ni a recibir sus lecciones. Sin embargo, frente a esas mismas pinturas, empiezan a coincidir personajes que parecen tener pistas de su paradero. Saben que, debidamente examinado, el arte actúa como un espejo mágico o una puerta. ¿Estará Fovel al otro lado? También saben que la única llave que se necesita para atravesar esos umbrales es nuestra propia percepción, una herramienta que se pule practicando algo que uno de ellos llamará «la segunda visión». Descubriremos que esta fue un ejercicio que se practicaba entre ciertas élites del mundo antiguo y que permitía ver lo que no se aprecia a

primera vista en ciertas obras de arte, pues algunos cuadros representan lo invisible al ojo humano y empujan a nuestra conciencia a aceptar que coexistimos con mundos sutiles.

Esa colección de «obras puerta» constituye el *arcanon*, un canon de obras con arcanos; el canon de los arcanos al que se han referido todos los forasteros misteriosos como Fovel o Belfegor. Son pinturas repartidas por todo el planeta. Los maestros como ellos las cuidan, las vigilan y las muestran a algunos, porque están ocultas a las miradas superficiales. Es como si esas obras conformaran un museo dentro de todos los museos, un museo con cuadros con una característica fundamental: son obras de invocación, creadas para solicitar la ayuda de fuerzas invisibles de las que se espera una intervención en la vida de los humanos.

Por supuesto, dentro de ese *arcanon*, las composiciones deliberadamente complejas del Bosco, pensadas para arrastrar al debate a quienes las contemplan, ocupan un lugar destacado. Por eso —se dice en el libro, no sin ironía— llevan cinco siglos inspirando toda suerte de disparates.

Ángeles y demonios

Pero ¿quiénes o qué son estos visitantes que aparecen y desaparecen súbitamente, como fantasmas o espíritus, para enseñarnos a mirar el arte? Esta es otra clave esencial de la novela. *El plan maestro* presenta un enfrentamiento en-



El carro de heno, El Bosco

tre dos grupos de estos forasteros. Frente a los maestros, están los observadores o vigilantes, que los combaten. Su lucha se remonta a los orígenes mismos de la humanidad, al *amanecer del hombre*. Las cuevas prehistóricas, en Lascaux o Cantabria, muestran siluetas de seres extraños

cuya presencia se rastrea también en las civilizaciones humanas más antiguas, como Súmer. Son los maestros ancestrales o maestros instructores, una especie de deidades que surgen de la nada en momentos difíciles y entregan a la humanidad información valiosa. Su actividad, como se

dice en la novela, es algo orquestado desde hace eones. Y a lo largo de la historia se hacen presentes entre pueblos y gentes sin contacto entre sí, como visitantes reales, físicos, que entregan un mensaje y desaparecen. Fovel o Belfegor pertenecen a esa larga estirpe que se remonta a los maestros ancestrales; pues «siempre habrá un maestro para quien quiera acceder al arte que trasciende». Están sometidos a un plan (el plan maestro, el plan de los maestros) y nunca desaparecen del todo, regresan cada cierto tiempo para controlar la evolución de nuestra sociedad. Llevan miles de años seleccionando humanos a los que protegen durante un tiempo, instruyéndolos en sus conocimientos. Leyendas de todos los siglos y latitudes narran esas visitas.

Un misterio rodea a los maestros más antiguos. Quizá llegaron de otro planeta y pusieron en marcha nuestra especie; quizá usaron el arte desde la prehistoria para esculpir nuestra mente y hacerla permeable, creativa y sensible. Esos *dioses* nunca han dejado de vigilar a la humanidad y enviar intermediarios, a los que Luc Durand, en su informe al Vaticano, llama ángeles.

Los maestros ancestrales llevan siglos instruyendo a la humanidad, vigilando su evolución. Quizá llegaron de otro planeta y pusieron en marcha nuestra especie

Frente a ellos, están unos seres parecidos: son los vigilantes u observadores. Estos piensan que creer en lo mágico abre a los humanos expectativas peligrosas que deben combatirse con mate-

rialismo. Quieren ahuyentar a nuestra «especie inferior» de la contemplación mística, individualista, del arte, y que terminen pareciéndose demasiado a ellos. Los vigilantes, que afirman pensar con razón y orden, no quieren que nuestra especie los eclipse. Los maestros saben que los observadores —que, en su opinión, odian lo sublime, lo filosófico, lo trascendente— pretenden alejar a los humanos del auténtico poder del arte y arrebatárles la posibilidad de evolucionar a través de él.

La guerra entre ambos bandos se libra en otra dimensión que coexiste con los seres humanos. Aunque las simpatías del autor parecen claras, la novela no da de un modo tajante la razón a ninguno de los bandos. Al lector le toca decidir por cuál se inclina.

Uno de los observadores más destacados es Julián de Prada, que ya aparecía en *El maestro del Prado* como «un tipo oscuro, entregado a una cruzada contra quienes pretendieran utilizar el arte para legitimar ideas esotéricas, acientíficas o que reivindicaran su valor espiritual por encima de interpretaciones materialistas». De Prada lucha «porque haya orden» y se define como alguien con una misión, perteneciente a un colectivo que «vela por mantener la cultura a salvo de patrañas que no hacen sino pervertirla». Y su colega y subordinado Einar sostiene que «todavía existe un orden cósmico que no debe transgredirse».

En el momento en que se desarrolla la novela, esa guerra está alcanzando un punto álgido. «Los



La primavera, Sandro Boticelli

detentores de los usos supersticiosos de la pintura están preparando una ofensiva coordinada desde este museo para hacer prevalecer su visión del mundo», avisa Julián de Prada, refiriéndose a la pinacoteca madrileña. La presencia de Belfegor en Madrid, el regreso de Fovel así parecen indicarlo. Por su parte, sus adversarios sostienen que «ha vuelto el tiempo en el que el mundo debe escuchar de nuevo a estos viejos maestros».

¿Alguien entiende la física cuántica?

Unos y otros comparten una misma naturaleza y parecidos poderes. Aquí, la novela se adentra en un terreno tan sugestivo como lleno de posibilidades narrativas, que Javier Sierra expresa para placer del lector.

«La mayoría de los mal llamados milagros, incluso de los extraños fenómenos asociados a los místicos, tenían su lógica en el mundo de la física de partículas», se dice en la novela. Bilocaciones, teletransportaciones, premoniciones o incluso apariciones, «no eran sino malinterpretaciones del reino atómico». Y ese saber que solo recientemente ha sido elaborado por la física cuántica (esa que, según un experto, si alguien cree entenderla es que no la entiende) ya había sido domesticado por los maestros, que «tenían un control consciente y perfecto de lo cuántico».

Los observadores, por su parte, también aprendieron a beneficiarse de esas leyes de la naturaleza antes de que las plasmara la física cuántica. Dotados de una alta sensibilidad electromagnética, son capaces de teletransportarse, saltando entre fuertes corrientes eléctricas y recomponiéndose molecularmente, lo que les permite moverse con facilidad por todo el mundo. Aquí, *El plan maestro* adquiere una dimensión de atractiva y absorbente novela de aventuras.

Una obra de *faction*

Este libro, al que, por comodidad, calificamos de novela, podría encajar, como sostiene su autor, en lo que los anglosajones llaman *faction*; es decir, ese tipo de libros que son un híbrido de ficción y hechos reales. Dicho género le parece a Javier Sierra «una buena fórmula para trasladar conceptos complejos al gran público».

El arte, que evoca el misterio sin el cual el mundo no existiría, irrumpió para hacemos

pensar sobre las preguntas que nadie sabía responder

La mezcla de ficción y realidad es patente, por ejemplo, en los personajes, inspirados en personas reales y algunos tan atractivos como la conservadora del Prado Ángela Qiao o el estrellero de aspecto nostradámico Antoine L. Lerroux, que guía al protagonista por los vericuetos de Lascaux.

Junto a los escenarios ya citados, y que van de la belleza de los mejores museos del mundo al misterio primordial de las cuevas prehistóricas, *El plan maestro* presenta como otro gran atractivo esa sugerente galería de personajes.

Y, desde el punto de vista material, las ilustraciones que acompañan al texto y muestran algunas de las cosas que se dicen en él, son otro indudable atractivo del volumen.

Profundizando en el arte

El plan maestro es una profunda y compleja indagación en el fenómeno del arte. Responde, como dice su autor, a su vieja obsesión por comprender el sentido profundo del mismo. A lo largo de sus páginas, se suceden reflexiones y afirmaciones sobre esta creación humana. Desde las citas preliminares, como la de René Magritte («El arte evoca el misterio sin el cual el mundo no existiría»), hasta muchas como las siguientes: «El arte había irrumpido para hacernos pensar sobre esas preguntas que nadie sabía cómo responder». «La historia del arte está sembrada de miradas



que apelan al instinto y no a la razón». «Lo que nos provoca el arte demuestra, de modo experimental, que el alma existe». «El arte es la lengua del espíritu; es el idioma que se hablaba antes de la caída de la Torre de Babel». O «El arte se activa con la visión de quien lo mira. Ese es el único y verdadero secreto de la pintura».

Desde la perspectiva que se adopta en el libro, el arte nació como algo tan secreto, tan sagrado y tan vivo que debía protegerse y administrarse con sumo cuidado. Pero el hombre moderno ha perdido esa visión del arte y lo ha reducido a mera estética. Sin embargo, algunos cuadros son accesos a lo absoluto; basta acercarse a ellos de un modo particular para desarrollar una visión diferente de la realidad.

Más allá de la reflexión sobre el arte, y de la adictiva peripezia que presenta, *El plan maestro* deja en el aire algunas conclusiones interesantes. Como que el ser humano es, ante todo, una criatura emocional, sujeta a lo que percibe por los sentidos, y que los mundos suprasensoriales son tan reales como los de nuestra vida cotidiana.

Además, como la buena novela que es, *El plan maestro* presenta una cuestión arriesgada e inquietante, la de imaginar un futuro en el que los hombres hayan desterrado el arte de sus vidas.

Una cosa es cierta: el lector no volverá a ver la pintura, ni visitará el Prado, los Uffizi o el Louvre, del mismo modo después de leer esta obra.

Algunas pinturas del «Arcanon» incluidas en *El plan maestro*

La sala de los toros de la cueva de Lascaux (Montignac, Francia)

El jardín de las delicias, del Bosco (Museo del Prado)

El carro del heno, del Bosco (Museo del Prado)

Mesa de los pecados capitales, del Bosco (Museo del Prado)

Tobías y el ángel, de Goya (Museo del Prado)

La Agricultura, de Goya (Museo del Prado)

La primavera, de Botticelli (Galería de los Uffizi, Florencia)

La creación de Adán en la Capilla Sixtina, de Miguel Ángel (Museos Vaticanos, Roma)

La sagrada familia (La perla), de Rafael (Museo del Prado)

La sagrada familia o *Virgen del pez*, de Rafael (Museo del Prado)

Las meninas, de Velázquez (Museo del Prado)

La fragua de Vulcano, de Velázquez (Museo del Prado)

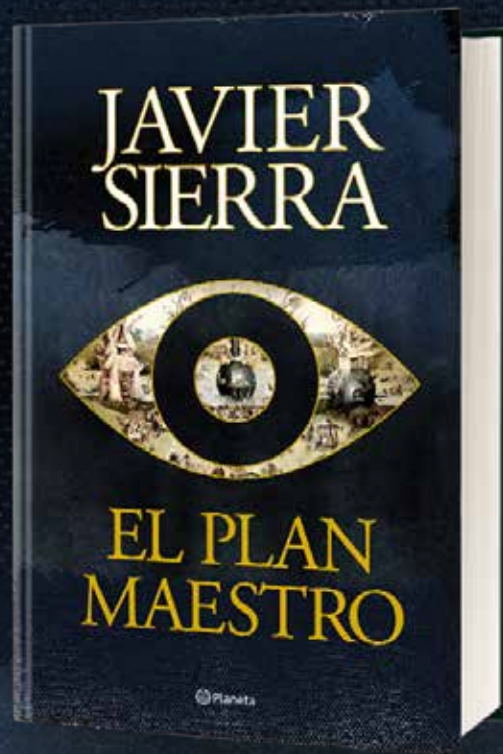
Retrato de Felipe Próspero, de Velázquez (Museo de Historia del Arte, Viena)

Apoteosis de la monarquía española, de Luca Giordano (Casón del Buen Retiro)

El venado herido, de Frida Kahlo (Colección privada, Houston)

Retrato de una niña, de Frida Kahlo (Casa Azul, México)

La quebrada, de Diego Rivera (Casa Azul, México)



PARA MÁS INFORMACIÓN CONTACTAR CON

Laura Verdura
Móvil: 617 532 380
lverdura@planeta.es

Laura Franch
Móvil: 619 71 96 27
lfranch@planeta.es

Editorial Planeta. Departamento de Comunicación
Teléfono: 91 423 03 03
comunicacioneditorialplaneta@planeta.es
C/ Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 5.º. 28027 Madrid
www.planetadelibros.com

Síguenos:

Facebook: editorialplaneta0 @Edit_Planeta Instagram: @editorialplaneta

Editorial Planeta 